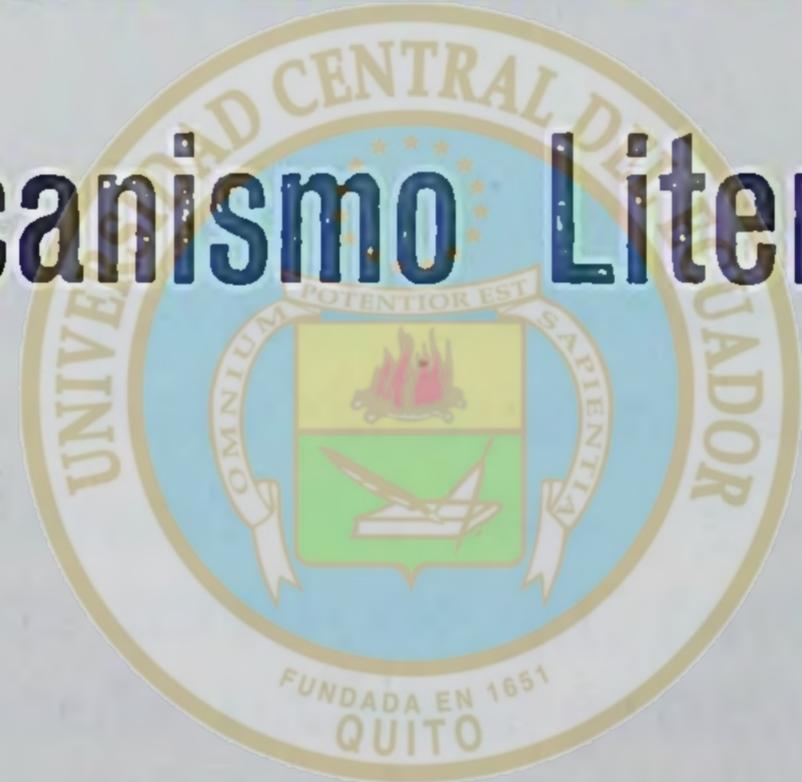


Por el Profesor de Literatura en la Universi-
dad Central, —

Sr. Dn. Isaac J. Barrera =

X Juan León Mera y el Ame-
ricanismo Literario =



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
CONFERENCIA LEIDA EN LA UNIVERSIDAD
CENTRAL EL 28 DE JUNIO DE 1932. =

Juan León Mera y el Americanismo Literario

Epoca de ofuscación y de atolondramiento es la nuestra; el mundo ha salido, al parecer indemne, de los horrores de una crisis, aunque todo hace suponer que llevamos un gran quebranto en lo más hondo del ser. Y, entonces, desorientados y confusos, unos creen en la pérdida irremediable, y otros que el remedio puede hallarse próximo si se atina a encontrar el ideal que nos conduzca a la próxima aventura. A nuestro pueblo le falta un ideal, andamos repitiéndonos, sin comprender que, sobre todo, para nosotros, los ecuatorianos, no puede haber otro que el de una continuidad posible intelectual, por medio de la que podamos atacar los diferentes problemas de política, de nacionalidad y de raza con los suficientes fundamentos que nos mantengan en el justo nivel de la civilización media a la que ha llegado el mundo. Y estos problemas no pueden ser resueltos tan solamente con el concurso entusiasta de las generaciones vivientes, sino con la fuerza propulsora de quienes obraron en el pasado. Las ideas no son hallazgos inesperados y la realización no puede obtenerse sino con la metódica preparación de los pueblos. Se dice muy bien cuando se expresa que es necesario que las ideas floten en el ambiente para que se encarnen en un momento dado, porque si no se ha creado previamente la necesidad, las ideas, por sugestivas y novedosas que parezcan, serán como fuegos fatuos que brillen y se apaguen, sin dejar rastro ni huella.

La historia del Ecuador está haciendo por los hombres de pensamiento solamente. En la aurora de la República los soldados se lanzaron sobre ella como sobre una presa; todos creyeron inmortalizar el nombre por la intervención cívica que tuvieron, y, sin embargo, los gloriosos generales han pasado como sombras, próximas a desvanecerse completamente, a pesar del vaho de sangre que les sirvió de aureola. ¿Quién se acuerda de ellos? A través de la historia, de las páginas de la historia, un justo discriminación se efectúa, y el único relato agradable que nos deja es el recuerdo de aquellos hombres que no obstante su labor política, muchas veces funesta, se empeñaron en crear escuelas y colegios, en levantar edificios para la instrucción del pueblo, en formar bibliotecas o en publicar libros. Es el espíritu el que se salva; todo lo demás va camino del olvido.

La historia sintética del Ecuador se hará con pocos nombres: Olmedo, Solano, Rocafuerte, Moncayo, Montalvo, García Moreno, Mera, Zaldumbide, Borja, González Suárez y otros pocos más. Cada uno de ellos es un aspecto de civilización, un aspecto salvador de progreso. Por esta causa, olvidándonos ya de aquellos tantas fechas que se impusieron a los pueblos como etapas de regeneración, hemos creido mejor recordar a los hombres ilustres, quienes al servirse de las fuerzas espirituales hicieron más por el <sup>ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL</sup> gobierno de la patria que las mil algaradas con las que se ensangrentó su suelo. Ya es una cosa comprobada que la vociferación es signo de odio o de arrivismo, mientras la labor serena busca el camino de la justicia, y deja escrita la palabra de esperanza.

Y esta manera de enfrentar el problema histórico no es una consideración sentimental tan solamente sino el resultado de una experiencia trabajosamente adquirida. Para nosotros sólo la historia del espíritu es la que vale; para los extraños sólo existimos por los pocos nombres de notoriedad intelectual que podemos ostentar: El Ecuador es la tierra de Montalvo o de González Suárez; nadie se acuerda de los generales que han pasado interviniendo en los asuntos públicos.

Nada más justo, pues, que en el número de celebraciones de ecuatorianos ilustres se haya incluido por consentimiento público, que es la mayor autoridad a la que puede apelarse, el nombre de Juan León Mera, uno de los más grandes literatos que ha tenido el Ecuador y uno de los pocos

nombres tras de los cuales tenemos que ampararnos para pedir un puesto en la historia intelectual de América. Hace algunos años, Menéndez y Pelayo escribió la Historia de la poesía Hispano-americana; con pocos nombres contribuimos para esa historia, uno de ellos era el de Mera. El profesor Coester de la Stanford University escribió la Historia Literaria Española y otra vez el nombre de Mera figura en puesto principal entre los también pocos nombrados conocidos por el profesor, quien al estudiarlo, dice: «Juan León Mera ha sido el escritor de talento más universal que hasta ahora ha producido el Ecuador. Poeta, erudito, arqueólogo, novelista, y en todas estas cosas excelente». De este escritor, justamente admirado por sus contemporáneos y por los extranjeros estudiosos, y que constituye uno de los aportes de mayor consideración de nuestra intelectualidad, se conmemora hoy el centenario del nacimiento en la ciudad de Ambato, en la misma ciudad que hace pocos días celebró otro centenario glorioso, recordando la procera figura del más grande de los prosistas de América, de Juan Montalvo. Suelos fecundos esos que dieron hombres ilustres en envidiable cantidad; seguirán produciéndolos en lo futuro, seguramente.

No considero que es para mí llegada la ocasión de hacer el retrato y el estudio del escritor y del hombre público, ni pretendo tampoco trazar el esbozo de esta figura digna de toda consideración; quiero tan solamente estudiar algunos aspectos de esta rica personalidad que, como literato, ocupa un puesto principal en nuestras letras, con enseñanzas que han sido fecundas en varias ordenes intelectuales.

Para la posteridad que no recuerda sino a grandes rasgos la vida de un hombre, Mera es el autor de *Las Melodias indígenas*, de *La Virgen del Sol*, de *Cumandá* y del *Himno Nacional*. Mera escribió un montón de obras, muchas de las cuales no se hallan publicadas todavía y acaso no lleguen a publicarse todas, lo que sí en parte sería una pérdida para las letras, creo yo que en nada amenguaría la gloria que ya tiene el autor; es decir, que, publicadas, en poco aumentarian su renombre.

Las obras que antes he citado, a las que hay que añadir la *Ojeada Histórico-Crítica*, son suficientes para situar a Mera en el puesto que le corresponde dentro de la literatura ecuatoriana. Esas son sus obras en que puso la fuerza de

su juventud, la impetuosidad de su talento, la dulce resonancia de su sensibilidad y la calmada reflexión de su intelecto.

Porque hay que tomar en cuenta esta circunstancia: esas obras que constituyen su mejor aporte a la literatura patria fueron escritas en plena juventud y esa plena juventud les dura todavía.

El relato de un viajero le proporcionó el tema para su novela *Cumandá* de la que está por hacerse una apreciación detenida y seria, porque a pesar de cuantos reparos quieran dirigirse acerca de ella, puede suscribirse el juicio de Valera en sus *Cartas Americanas*, cuando escribe: «La novela *Cumandá* es mil veces más real, más imitada de la naturaleza, más producto de la observación y del conocimiento de los bosques, de los indios y de la vida primitiva, que casi todos los poemas, leyendas y novelas que sobre asunto semejante se han escrito». Dejo para otra ocasión tratar más detenidamente de esta obra que es una de las pocas que pueden figurar sin recelo en la novelística ecuatoriana. *Cumandá* fué una obra escrita en plena juventud, como lo fueron las otras que he citado anteriormente. *La Virgen del Sol* se sirve del folk-lore para trazar un gracioso poema legendario en el que se quiere que palpite el alma de la raza autóctona y se hacen revivir viejas costumbres del tiempo de los incas, que acaso se prendieron también en los rícos del Pichincha en tanto duró la soberanía de Atahualpa. *Las Melodías indígenas* persiguen el mismo afán: la consideración de lo propio como asunto poético. La *Ojeada* completa este ciclo, concluyendo por asentar una teoría de americanismo literario que se discute todavía y que por lo mismo puede decirse que de su obra ha sido la página más fecunda.

Después de las obras citadas, la fama literaria de Merá se extendió con toda justicia y le hizo notable; pero entonces tuvo lugar un fenómeno sumamente curioso. No quiso continuar en la obra desinteresada de arte; quiso ser el portavoz de un partido político, el mantenedor de ideales, el educador de juventudes. Acaso —y esto escribo sin comprobar con ningún dato— la frase castigadora de Montalvo sonaba a destrucción y los enemigos políticos de Montalvo creían que sólo otra pluma ambateña era capaz de combatirle. Goethe ha dicho que cada uno de nosotros, diez años antes o diez años después, hubiera tomado una línea muy diferente, tanto para su propia formación cuanto para su espaciamiento social;

con Mera no cuenta esta observación: en los escritos polémicos que llenan la mayor parte de su vida, se ve al hombre entero y lleno de inflexible severidad. Sólo raras veces, cuando cruzaba correspondencia con los grandes literatos españoles, volvía a hablar de sus antiguas obras o defendía sus teorías de arte, para lo que tenía que remontarse a la lejana y obscura historia de su patria; de lo contrario, o era el folleto vibrante en que rebosaba la doctrina política que propugnaba opiniones, con una aspereza que todavía atemoriza, o era la obra moralizadora, la obra de fondo y de ideas. Pero sucede con los pensamientos y con las ideas que cuando pasan de su época ya no producen ninguna excitación en el espíritu; y la razón está en que nosotros somos ya el producto de un tiempo diferente; lo que se juzgó profundo nos suena a hueco, cuando no nos parece absurdo.

Después de la muerte de Mera, cuando el combatiente desapareció, las generaciones venideras tan amigas de lo nuevo y por lo mismo olvidadizas del pasado, desdeñaron el acontecimiento para recordar el acto solamente, y el acto aquí eran sus obras literarias de las cuales no podrá olvidarse. Por esta razón se lee con la más grande extrañeza, por el olvido nuestro de lo que Mera fué en su época, frases como aquella que comienza su réplica a Llorente: «Entre mis compatriotas creo que pocos habrán tenido vida más agitada que la mía en la liza de las ideas; y eso que en el Ecuador, como en todas las Repúblicas americanas de origen español, la polémica ha ido a par de las revoluciones.....» Y esta frase suena a revelación, al saber a Mera combatido y que llevaba una vida agitada, a tal punto que, como se lee en los recuerdos que ha dejado el escritor, se le dirigió hoja suelta en la que se llegó a ofender el sagrado del hogar. Y para esto hay que tener en cuenta que Mera fué un polemista a la manera moderna: trató de atacar las ideas, pero no quiso llegar a los hombres. Sin embargo, hay que ver qué ideas, en qué grado y en qué intensidad defendía Mera, el más generoso de los escritores de ese tiempo, para darse cuenta de lo que eran entonces las ideas políticas y para dar gracias al tiempo por haber salido de la crueldad de las ideas piadosas que no encontraban commiseración para quien mantenía un pequeño matiz de lo contrario. En el folleto que se titula *Otra carta a Juan Benigno Vela* confunde al polemista liberal de hipócrita porque es radical de puntos subidos,

porque quiere la libertad absoluta del pensamiento, de la palabra y de la imprenta, porque quiere que la enseñanza y la educación de la juventud se confien exclusivamente a los legos, porque el gobierno civil, es el único que debe mezclarse en este asunto, porque proclama la filosofía materialista del siglo XVIII, porque encomia el libre examen, ataca el *Syllabus* y los cánones del Concilio Vaticano.

Este lado polémico de Mera nos sirve para reconstruir lo que era entonces el Ecuador en cuanto a pensamiento religioso e ideas políticas. Y no es que trate de restablecer una polémica, felizmente, muerta ya, ni menos que pretenda rebajar los altos méritos de escritor como a Mera a quien tanto admiro. Sólo quiero hacer una observación: Mera tuvo ideas liberales y atrevidas en las letras, es un acérrimo conservador en la política; mientras que Montalvo fué un liberal en la política, es un acérrimo conservador en las letras: cuando la curiosidad de Montalvo salió de los límites de los consagrados fué para decir pestes del naturalismo y de Flaubert. Ya me figuro a los lectores ecuatorianos del *Espectador* leyendo los ensayos de Montalvo sobre *Madame Bovary* como si se tratara de las trompetas del juicio final. Han pasado cuarenta años de entonces y las tres cuartas partes de los que leen ignorarán todavía el problema. Han pasado más de cuarenta años desde cuando escribió Mera sus principios de conservador católico y ya no le comprendemos su piadosa intolerancia y respiramos con tranquilidad al saber que los tiempos son completamente diferentes.

Habría que hacer una síntesis de la vida de Mera para situar cada uno de sus aspectos, y esta debe ser la labor de quien intente escribir la biografía del literato y hombre público. Mi intención en este momento es otra: quiero tan sólo referirme a la enseñanza más fecunda de su labor literaria; voy a escribir algunas páginas sobre americanismo literario, tema en el que se ocupó largamente Mera y que ha servido para posteriores discusiones, que tienen gran importancia en

América, por lo mismo que con ello se trata de salvar del coloniaje ideológico del que no ha podido salirse todavía.

La *Ojeada Histórico-Crítica* se publicó en 1868 y el último capítulo está dedicado a estudiar la posibilidad de dar un carácter nuevo y original a la poesía Suramericana. Actualmente parecemos incorporados dentro del ritmo de la civilización universal y cada día amanecemos con ideas nuevas o por lo menos con ideas modernas, por mucho que sea suficiente rasparnos con la uña para descubrirnos el indio y para comprender lo que de artificial hay en nuestro cosmopolitismo. Pero no era lo mismo ayer cuando la locomotora no había llegado a las puertas de Quito y todo el Ecuador, siguiendo el peso de su propia gravedad, vivía en una pasividad enviable. Entonces las ideas se trasmítían con ese criterio local del que tenemos una muestra en las mismas Cartas de Mera al periódico *Las Novedades de Nueva York*, y las ideas literarias, por lo mismo que tan despreciadas eran en aquellos medios bravucones, groseros e ignorantes de continuas revoluciones, se propagaban con una lentitud desesperante. El yugo servil, si en algo podía aplicarse, era en literatura, porque vivíamos de imitación y de préstamo de viejas existencias: el gongorismo descabellado de los imitadores coloniales; el clasicismo frío de los hombres sin genio; la literatura civil quintanésca y vacua, sólo salvada por el talento de Olmedo; el romanticismo de similor, legible en Zaldumbide o commovedor en el ardoroso romanticismo de Dolores Veintimilla; y, nada más. La colonia americana continuaba rindiendo las antiguas parias y si para los indios fueron los Andes precursores de ruina, entonces tronaban los montes y los hombres pasaban indiferentes, sin admirar su grandeza, ni temerlos.

Aún sin que hubieran ocurrido las guerras de emancipación, si América continuara de colonia española, la manifestación literaria tenía, en este Continente, que adquirir características propias que le diferenciaran de la española, por mucho que los elementos fueran comunes, como en efecto lo son. En la Metrópoli sucede algo parecido, ya que el elemento verbal que cultivamos en la literatura pertenece a una región que fué importante, pero que ha ido perdiendo cada vez el derecho para imponer su hegemonía. Junto a la literatura castellana se yerguen a recobrar su antigua supremacía las literaturas regionales, como las de Cataluña y de Galicia; y aun

cuando no se trate del cultivo de esas lenguas regionales y los escritores adopten el castellano, no por eso perderán éstos el sentido regional que se transparente en sus obras y que les descubra a los ojos del lector menos perspicaz. Con mayor razón la diferencia tiene que ser aun más evidente al tratarse del fenómeno literario producido en un mundo lejano de aquel en que se habló la lengua originariamente.

Esta cuestión viene siendo largamente debatida. Cuando el argentino Echeverría publicó *La Cautiva* en 1837 quiso poner en práctica una doctrina literaria que más tarde se convertirá en una indiscutida tendencia de arte literario, con la adopción del americanismo. Según el poeta argentino citado, para que la poesía adquiera el influjo que tuvo en la antigüedad y que actualmente tiene en las naciones cultas, es necesario que se revista de un carácter propio y original, que refleje los colores de la naturaleza física, que se convierta en el cuadro vivo de costumbres y en la expresión de las ideas, sentimientos y pasiones.

Puede ser que Echeverría fuera el primero en formular esta teoría del americanismo literario; pero lo que hizo como una breve anotación explicativa de su poema, Mera en 1868 lo convirtió en una verdadera doctrina dotándola ampliamente de bases sobre las cuales pueda sustentarse con toda solidez. La literatura americana, para Mera, no debe nunca dejar de ser española por la forma y por la lengua, porque creer que la novedad de una literatura proviene solamente del cambio de su parte material, sería un grave error; la originalidad debe estar en los efectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas. América abre este campo a la originalidad con su historia, sus costumbres y su naturaleza.

Tal vez Mera hizo una falsa aplicación de su doctrina en sus *Melodías Indigenas* y con justa razón el catalán Rubio y Lluch le hacía notar que si los poemas, como tales, eran dignos de elogio, no tenían un verdadero carácter indígena y que acaso la asimilación resultaba sumamente difícil, mientras era hacedera y podía ser fecunda en buenos resultados la americanización de la literatura. Fué entonces cuando Mera fijó con precisión las bases del americanismo literario, conviniendo en que acaso su entusiasmo le había llevado a usar términos improprios.

Sus propósitos eran los de traer elementos nuevos a la literatura americana, dándole un colorido y un aspecto determi-

nados. Es verdad que en seguida hace el desarrollo de su doctrina con ejemplos de aplicación en los que no podemos estar de acuerdo, porque Mera quería que se huyera en la poesía de lo pintoresco y de lo local, cuando ello pudiera repugnar. Mera propugnaba el ennoblecimiento de la poesía, por los asuntos y por las palabras; la poesía, como quería el gran poeta de los *Nocturnos*, debía contener no solamente pensamientos puros, sino estar expresada de manera pulcra y elegante. Como todavía el término no se halla con significación determinada y fija, Mera creía que sí podía americanizarse la literatura, dándole un colorido y un aspecto nuevos, esto no era posible en ciertos temas y era inconveniente en otros casos; así, los asuntos religiosos no podían cantarse sino como lo habían hecho Klopstok y Manzoni; el poeta americano no debía imitar a las beatas de por aquí que ponen en los nacimientos a los indios de poncho y zamarro. Y los asuntos filosóficos y morales, tanto como los sucesos históricos, debieran ser sacados a luz a la manera española, latina o griega. Cuando Mera excluye a los indios de zamarro y poncho de los asuntos religiosos, me viene a la mente aquella glosa de Eugenio D' Ors en la que, recordando que la alimentación del indio se reduce a la lagua, al mote y al tostado y que no conoce el pan, dice, sin embargo que al rezar el Padrenuestro, el indio debe pedir ese pan que no come: «¡Perdón, Quichua, indio mío, hermano mío, pobrecito mío, si te obligo a rezar un poco al margen de la verdad de tu vida! Pero hay que hablar del pan, porque el pan —y no la coca o la lagua— es lo que se come, a la vez en Jerusalén y en Roma. Y cuando Roma ha admitido una vez a Jerusalén ya ha hecho todo lo que podía. Reza y espera. A fuerza de pedir, humildemente, para hoy, el pan que no conoces, mañana llegarán hasta tí a un tiempo mismo el conocimiento del pan —que es Roma— y el pan». No deben chocarnos las restricciones que al arte americano ponía Mera, ya que mucho era para aquellos tiempos la doctrina que defendía. El mismo Mera se salió de los clásicos porque se sintió revolucionario e hizo arte propio, sin afiliarse a ninguna escuela y sin reconocer jefe.

Desde entonces el americanismo de Mera ha tenido larga y varia fortuna. En 1905, José de la Riva Aguero le dedicó varias páginas en el libro que escribió como tesis para el bachillerato en Letras, *Carácter de la Literatura del Perú inde-*

pendiente. Este libro a su vez fué comentado largamente por Unamuno, quien al examinar la opinión de Mera de que la literatura hispano-americana poseía sobrados medios para ser original, citaba un juicio de Menéndez y Pelayo, el cual, al examinar la literatura americana, manifestaba no encontrar en ninguna parte ese americanismo, y citaba también la opinión del crítico mexicano Sánchez Márquez cuando trata por lo menos de reivindicar el colorido regional; mientras el austriaco Emilio Reich al hablar de la literatura de la América inglesa, cree que no ha llevado a cabo grandes cosas en arte y en letras, porque carece de lengua nativa propia suya. El sofisma, que podía ser extendido a la América española, es rebatido amplia y generosamente por Unamuno, manifestando que el español es tan nativo y propio de América como de Castilla, y más que de San Sebastián o de Valencia, porque si es verdad que la lengua es sin duda el criterio para una literatura, no hay razón alguna para que la región de donde la lengua procede pretenda dar el tono ni a la lengua ni a la literatura. La lengua que se habla en América es la castellana; pudo proceder de aquel pequeño rincón de Castilla, de que nos habla el poema de Fernán González, que ahora nos corresponderá a todos cuantos la hablamos y en ella escribimos, por ser nuestra lengua propia, y su literatura lo mismo se enriquecerá con aquellos que escriban en España como con quienes escriban en América. ¿No se halla orgullosa de Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Marquina y otros que, sin embargo, no son castellanos?

El tema ha sido fecundo y pudiera ser que encontrara aplicaciones en los diferentes órdenes de la vida social. Por fortuna, ¿no será un ideal de vida éste de buscar una originalidad valiéndose de los elementos americanos? ¿No será ir en busca de una ley social, creer que América está destinada a decir al mundo una palabra nueva, que contribuya a descubrir el destino de la humanidad? Las afinidades americanas, como hace notar Ricardo Rojas, son evidentes, porque hay unidad de origen, homogeneidad de cultura y sincronismo de evolución histórica. La América española es una sola y sus literaturas locales son la expresión regional de un solo proceso literario. Una doctrina americana estará, pues, fundada en fuerzas cósmicas que construyan una morada espiritual, tanto como en la emoción y el instinto; es decir, el

medio físico, la economía, la política y la didáctica, tanto como la religión, la filosofía y el arte.

Vemos como la doctrina hace camino y toma formas que se definen cada vez con mayor precisión y claridad; por eso al escribir Francisco García Calderón sobre la originalidad intelectual de América hace notar que las ideas y las imágenes llegaron de la Europa maternal, pero que al margen de la literatura importada crece desde los primeros momentos un arte americano: «poesía que describe el prodigo tropical y novelas que reflejan la vida de ciudades silenciosas, teatro embrionario que presenta la lucha entre el inmigrante y el criollo, entre la sociedad colonial que declina y la confusa democracia que avanza». Pero García Calderón, después de hacer notar que Francia descubrió en América un capital literario, tan brillantemente explotado por Bernardino de Saint-Pierre y Chateaubriand, hace una distinción entre americanismo y criollismo. Para él, americanismo significa evocación de indígenas costumbres, de razas vencidas o descripción de la naturaleza tropical, mientras el criollismo es el amor a la vida regional, a los usos del vástago de españoles crecido y educado en las ciudades adormecidas. Dejemos para otro día el criollismo para referirnos tan solamente al americanismo que tiene vastísimas canteras inexplotadas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

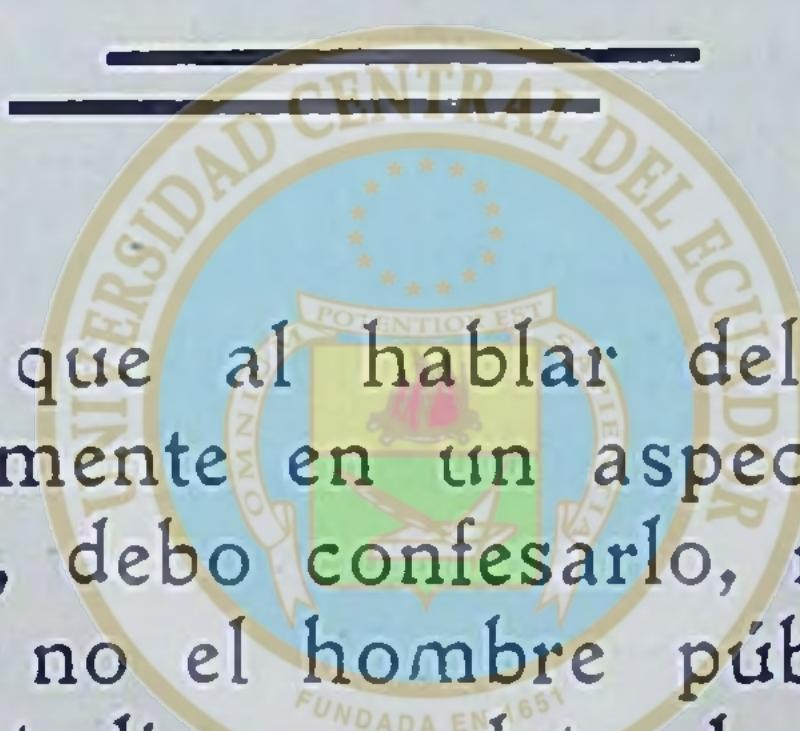
El gran poeta y el mejor crítico que es Crespo Toral pronunció un discurso como Mantenedor de la Fiesta de la Lira en nuestra ciudad de Cuenca, el 31 de mayo de 1924, en el que habló sobre nacionalización de la literatura. La nacionalización tiene que ir a la par del americanismo, como trataremos de verlo luego. Adelanto el concepto solamente para recordar que no me desvío del tema. Crespo pregunta: ¿Podemos hacer literatura nacional? ¿El tema criollo, la manera original constituyen por sí solos la literatura nacional? Para Crespo la literatura se clasifica, no por la acotación geográfica, sino por los idiomas; así, pues, si en América escribimos en castellano, a su acervo y tesoro deben pertenecer las obras ultramarinas, si bien pueden advertirse provincias y patrias pequeñas de literatura. Por el idioma, la literatura americana es una prolongación de la española; pero puede obtenerse una literatura criolla, pensando por propia cuenta, meditando, viendo, oyendo, aspirando el ambiente diario de las flores de nuestro jardín.

El discurso es enjundioso como todo lo de Crespo e invita a la disertación sobre muchos puntos de literatura, como los relacionados con la forma, el ritmo, la música del verso y la novedad de las imágenes, para restringir la observación al tema que me ocupa. Para Crespo, el patriotismo engendra el arte nacional. «El amor a nosotros mismos extendido a la naturaleza que nos rodea, al hogar, al nido, a la choza, a la región, a la patria grande, a la raza, a la familia religiosa, todo lo que se ha incorporado a nosotros por la tradición, por el ideal, por las más altas aspiraciones humanas: eso es el patriotismo». Tenemos que aprovechar de los elementos nuevos que nos dan las tierras de América para hacer algo propio, que será al mismo tiempo acervo cultural. Habría para aclarar largamente el magnífico discurso; pero considero suficiente, para el efecto que me he propuesto, enunciar el postulado principal de la enseñanza del maestro cuencano, enseñanza que está dando ya tan brillantes frutos, sobre todo en el género novelístico.

Si esta concepción del arte americano sobrepasa al nativismo pintoresco, otros escritores han dado mayor vuelo a la doctrina, ya procurando llegar con la formulación de un arte nuevo que se incorpore a la manifestación general, como es el caso del *Mundonovismo* del chileno Contreras, ya sentando las bases para la formación de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia, como es el generoso intento del escritor dominicano García Godoy. Si América no ha podido cumplir el sueño de Bolívar con la confederación de sus naciones, es necesario dirigir los ímpetus de estos pueblos jóvenes a la creación de una alma hispano-americana, una alma saturada de modernidad, que vea y entienda la vida con nueva interpretación. Todo parece indicar que en América confluye hacia ese fin, especialmente en la interpretación artística que aparece modificada y transformada con el abandono de principios de un retoricismo estéril y vacuo. En América se ambiciona un arte libre, pero de gran amplitud, para que traduzca no solamente afanes novedosos, sino ingentes anhelos de cultura. El arte de América debe ser autónomo, pero de suficiente potencia espiritual para reflejar cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo. Esta sería la tendencia continental, de pueblo joven, que aspira a tener un puesto propio en la historia del desenvolvimiento humano. Este sería el ideal que dé a los pueblos de este

Continente una orientación común, dentro de un mismo origen y de una misma lengua. Ahora, como valor relativamente secundario, cabe el nacionalismo que tienda a cultivar lo peculiar de cada una de las naciones americanas: lo histórico, lo regional y lo descriptivo.

Era necesario extenderme en la consideración de tan importante problema, porque entre los más gloriosos mantenedores de una solución feliz se halla el escritor ecuatoriano cuya memoria nos ha reunido hoy en este recinto. Las insinuaciones de los hombres de talento tienen esta virtud, la de ir recorriendo laboriosamente por los más apartados senderos, hasta conducir al lugar que se buscaba, al descubrimiento que se intentaba oscuramente.



Se me excusará que al hablar del ilustre escritor me haya detenido tan solamente en un aspecto de su abundante labor, y es que a mí, debo confesarlo, me interesa con especialidad el escritor, no el hombre público y el polemista. Cuando se haga el estudio completo de la rica personalidad de Mera habrá que considerar sus innumerables facetas de este poderoso ingenio que llegó hasta donde quiso por la sola fuerza de su autoeducación. Porque, hay que saberlo, Mera no es solamente el literato, aunque a veces, cuando se leen las cartas y los apuntamientos que de él han quedado, se encuentran frases en las que pudiera transparentarse cierto desdén por aquello que constituyó su mejor triunfo. La madurez del escritor había consagrado a la propaganda y defensa de las ideas y a la difusión de principios sociológicos y morales. Cuando su hijo Trajano le propone hacer una nueva edición de sus obras, el escritor le contesta: ¿para qué? Esta es una tierra de muertos en la que un escritor nada puede hacer. Lo que sí sabe es que si «las letras no dan dinero, dan lo que vale más: una honra pura» y esta honra es la que obtuvo Mera en sumo grado, porque la rectitud de sus intenciones hizo que en todos sus actos la honradez fuera su guía. Hay otras veces en que siente una especie de prevención contra un público que puede dar aplausos a un torero, pero que pretende ignorar, e ignora de hecho, a aquellos que sólo tienen

la ejecutoria del talento. «Yo soy un cobarde, escribe alguna vez; si no lo fuera ya habría hecho auto de fe no sólo con lo impreso, sino aun con lo manuscrito. Cuando me acuerdo que la miserable sociedad en que vivo no presta apoyo ninguno a mis publicaciones, tengo despecho». Será necesario hacer un estudio meditado, sereno y comprensivo para saber lo que vale el Mera literato y lo que representa en nuestra literatura: hasta aquí los liberales y los conservadores han venido disputándose sus glorias, sin comprender que hay glorias que son comunes para la Patria. Mera es uno de estos valores, que no cede el puesto a ninguno de cuantos se le quisieran contraponer.

En cuanto a sus ideas políticas, yo soy de ideas completamente opuestas a las que defendió el escritor y creo que en mi convicción hay sinceridad y hay honradez, por eso comprendo y aplaudo la sinceridad de Mera al defender su verdad.

He dicho que Mera no solamente es literato sino que además fué un hombre público de grandes merecimientos y que con sus luces y virtudes contribuyó en mucho a la buena dirección de los asuntos públicos.⁶⁵¹ Pero sobre todo fué un polemista; su pluma era de acero, por los puntos y por la dureza; muchos tuvieron que ver con él, ya porque se atrevieron a tocar los nombres venerandos de Bolívar o el de la Patria, ya por el denuedo que manifestó en sostener sus ideales políticos o en atacar los vicios sociales, ya, en fin, cuando sus enemigos se atrevían a tocar cuestiones atañaderas con la religión católica.

Estos diferentes aspectos no son populares ni creo que hagan falta a la personalidad de Mera, quien será siempre el que enseñó a escribir a gran parte de los literatos ecuatorianos, constituyéndose por su propia voluntad en maestro y guía, y será el autor de nuestra Canción Nacional que forma ya parte del sentimiento patriótico y cuyas frases nos harán vibrar de entusiasmo y amor cuando se trate de honrar a la Patria o cuando ella necesite del concurso de los buenos hijos.